



CAPÍTULO VI

De Belén al Egipto.

I

MARÍA y José llevaron al Templo de Jerusalén al niño Jesús para presentarlo al Señor según estaba dispuesto en la ley de Moisés, y para dar la hostia según lo prescrito en la ley del Señor: un par de tórtolas ó dos pichones.

Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y timorato; esperaba el consuelo de Israel, y el Espíritu santo moraba en su corazón; y ese Espíritu divino le había dicho que no moriría antes de haber visto al Cristo del Señor. Simeón, pues, vino al Templo en espíritu, y al llevar al Niño sus padres, para cumplir lo mandado en la ley, Simeón le tomó en brazos, y dando gracias exclamó diciendo: oh Señor, deja ya en paz á tu siervo; porque ya han visto mis ojos á tu Salvador que nos has dado, y que preparaste para presentarle delante de todas las naciones, y que será la

luz que ilumine á los gentiles y la gloria del pueblo de Israel.

El Padre y la Madre estaban admirados de las cosas que se decían del Niño. Les bendijo Simeón, y dijo á María, la Madre de Jesús: Este Niño está puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para señal de contradicción; y tu alma será traspasada con una espada, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones.

En esa hora llegó al Templo Ana profetisa, y alababa al Señor, y hablaba de El á todos los que esperaban la redención de Israel (1).

Prescribía la ley un doble precepto relativo á la prole recién nacida; uno de estos preceptos era general, y disponía que concluidos los días de la purificación de la madre, se ofreciese un sacrificio por el hijo ó por la hija en expiación del pecado en que la prole había sido concebida y había nacido, y para consagrarla al Señor. Por el otro precepto, que era especial, correspondían al Señor todos los primogénitos de los hijos de los israelitas.

Acerca de la presentación del Niño Dios en el Templo, observaremos con el Doctor angélico, que así como el Hijo de Dios no se hizo hombre, ni fué circuncidado por sí mismo, sino para hacernos dioses por gracia, y para que seamos circuncidados espiritualmente; así por nosotros es presentado al Señor, á fin de enseñarnos á presentarnos á Dios por nosotros mismos; y esto tiene

(1) Luc., II, 22-38.

lugar después de la Circuncisión, que simboliza la de los vicios y pecados, sin la cual ninguno es digno de ser presentado al Señor.

No debe llamar la atención lo que se dice en el Evangelio, que el Niño Jesús fué llevado al Templo, después que concluyeron los días de la purificación de María, según la ley de Moisés; porque, así como la plenitud de la gracia se deriva del Hijo á la Madre, así fué también conveniente que la Madre imitase la humildad del Hijo. Y como Jesucristo, aunque no estaba obligado á la ley, recibió la circuncisión, y llevó sobre sí todas las cargas de la ley para dar ejemplos de humildad y de obediencia, para probar la ley y quitar á los judíos la ocasión de calumniarle; así también quiso, y por las mismas razones, que su Madre santísima cumpliera todas las observancias legales. La Virgen sagrada no tenía ninguna mancha, ni necesitaba de alguna purificación; y por lo mismo, si cumplió las observancias legales, no fué por necesidad, sino por el precepto de la ley, siguiendo el ejemplo de su Hijo santísimo, que no vino á quebrantar la ley sino á cumplirla (1).

¿Cuál es el papel que corresponde al gran Patriarca en los misterios que acabamos de recordar? Nos ha dicho el Evangelio que los padres de Jesús le llevaron para presentarle al Señor. Presentar al Niño Jesús á su Padre celestial, y consagrarle á su gloria divina; porque esto era, según lo hemos visto, lo que prescribía la ley de Moisés.

(1) 3. p. q. XXXVII, aa. III, IV.

A la vista de tanta grandeza podemos preguntar: ¿cabe esto en la condición de la criatura; elevarse, y elevarse hasta Dios, y llevar, para ofrecerla al Eterno, una ofrenda de valor infinito?

Es por lo mismo verdaderamente incomprendible la grandeza de José: su ofrenda es dignísima de Dios, y José es el escogido del Señor para presentarla; y sólo aquel cuya alma resplandece con la hermosura de la santidad, es digno de las miradas de Dios, nos ha dicho el Príncipe de la teología.

José oyó de los labios de Simeón el anuncio dolorosísimo de los padecimientos de Jesucristo, y las amarguras de su Madre; y ese anuncio fué también para nuestro Santo, como una espada de dos filos que atravesó su corazón. ¿Por qué la llamamos de dos filos? Porque dos eran los amantes de José: Jesús y María; y á los dos se refería el anuncio de Simeón. Aquel Niño tan amable y hermoso, tendría que padecer el tormento de la Cruz, y María, la inmaculada y amadísima esposa de José, padecería también angustias y dolores indecibles.

José, al recibir al Niño Jesús y al ponerlo en brazos de su santa Madre, ¿no suspiraría con profunda y amarga tristeza? ¿no brotarían de sus ojos lágrimas ardientes que le arrancara el dolor? Mas de sus labios no salió una queja; y humilde y resignado, abrazó la voluntad de Dios.

Lo que había oído en el templo de los labios de Simeón y de Ana, llenaba el alma de José de celestiales luces y de afectos purísimos y santos:

Dios no había de perdonar á su Hijo Unigénito, al que es objeto de sus eternas complacencias, mas le entregaría á la muerte por la salud de los hombres. La sabiduría divina, al iluminar con nuevos resplandores el alma de José, le iba descubriendo la profundidad de sus misterios: Convenía que Jesucristo padeciese, y entrase así en su gloria (1). Esos padecimientos obrarían la salud de los hombres y darían á Dios una gloria infinita. Jesucristo se humillaría á Sí mismo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de Cruz; pero Dios le ensalzaria sobre todas las cosas, y le daría un Nombre superior á todo nombre; á fin de que al Nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (2).

En las humillaciones de Jesucristo, José descubre la grandeza del amor de Dios á los hombres, grandeza que no puede comprender; pero sí le encanta y arrebatada, y le llena de una dulzura verdaderamente celestial. La bondad divina se le presenta benignísima, llena de misericordia, y derramando sobre los hombres, con una profusión incomparable, los tesoros de sus gracias.

El dolor de José de que hemos hablado, parecenos como perdido en el océano de la divina bondad, en el amor infinito de Dios á los hombres; mas José ponía de nuevo sus ojos en el di-

(1) Luc., XXIV, 26.

(2) Philip., II, 8-11.

vino Niño, y la espada del dolor se hundía más en su pecho. Ese Niño era la misma inocencia, y había descendido del cielo por su amor á los hombres, que en pago le darían la muerte.

José ¿no procuraría compensar con su fidelidad y su ternura las culpas de los hombres, que á Jesús pagarían su cariño con tanta ingratitud? Y José le bendice, le adora y le ama con todos sus afectos.

Nada hemos dicho de nuestra querida Madre, ni del Niño precioso que presentó en el Templo del Señor; mas los sentimientos de la Sagrada Familia son los mismos.

Jesús dice á su divino Padre: No te han agradado los holocaustos por el pecado; mas veme aquí; vengo para cumplir ¡oh Dios! tu voluntad (1).— Respecto de María su voluntad estaba estrechamente unida á la de su Hijo santísimo que la inspiraba y dirigía en todas sus acciones; y de esta manera el Padre celestial todo lo cumplía, y sin ningún obstáculo, según los eternos designios de su bondad infinita y de su amor á los hombres.

II

De Belén al Egipto hemos dicho, y en efecto, José tendrá que llevar al Egipto á Jesús y á su Madre santísima: un ángel del Señor se le aparece en sueños, y le dice: Levántate, toma al Niño y á

(1) Hebr., X, 6, 7.

su Madre, y huye al Egipto, y permanece allí hasta que yo te avise; porque Herodes ha de buscar al Niño para darle muerte. Levantándose José tomó al Niño y á su Madre de noche; y se retiró al Egipto donde se mantuvo hasta la muerte de Herodes (1).

¡Admirable obediencia de José! no dice una palabra; ni piensa que Jesús es el Rey de los reyes, cuyo imperio tenía que durar para siempre; ni recuerda que el Padre divino le dijo: Siéntate á mi diestra, mientras pongo á tus enemigos por tarima de tus pies. De Sión hará salir el Señor el cetro de tu poder: domina en medio de tus enemigos. Contigo está el principado en el día de tu poderío (2).

El ángel le comunica las órdenes de Dios, y las cumple sin tardanza. No espera que se disipen las tinieblas de la noche, que se disminuyan los peligros; ni le viene á la memoria las escasez de sus recursos para emprender tan largo viaje. Dios lo manda.

El Señor dirige las siguientes palabras al santo Job: ¿Mandarás á los rayos, y partirán al instante, y te dirán al volver: Aquí estamos? (3). Hemos cumplido tus órdenes, y aquí nos tienes para ejecutar lo que de nuevo te dignes mandarnos. Así se nos va descubriendo la obediencia de José: Dios le manda que venga de Nazaret á Belén, y así lo ejecuta sin tardanza ninguna. Dios dispone

(1) Matth., II, 13-15.

(2) Psalm. CIX, 1-3.

(3) XXXVIII, 35.

que sea circuncidado el Niño Jesús, y lo es. Manda el Señor que José y María lleven á Jesús al Templo de Jerusalén, y así se hace. Intima el ángel á José que lleve el niño al Egipto; y José, tomando al Hijo y á su Madre, pasa al Egipto, sin que nadie pueda impedirle el cumplimiento de lo que Dios ha dispuesto. Después de la obediencia de María, ¿hallaremos otra alguna tan perfecta y admirable como la de este santísimo Patriarca?

Es como el rayo de luz que en sólo un momento recorre distancias inmensas, y vuelve en seguida á los pies del Señor, y le dice: Aquí me tienes para cumplir tu santa voluntad.

La santísima obediencia de José, otra vez nos descubre su profunda humildad. Si él no hubiese sido tan humildé como fué, su obediencia no se presentara tan hermosa y perfecta, como la vemos al cumplir las órdenes del cielo.

Contemplemos á nuestro querido Santo caminando hacia el Egipto y llevando consigo á su Esposa divina y al Hijo de Dios. No ignoraba el gran José que Dios conservaría la vida del Hijo y de la Madre, y que nadie podría impedir los designios de la divina voluntad; mas Dios quería salvar á Jesús por medio de José en cuyas manos le había puesto, lo mismo que á María. Siendo esto así, es indudable que el santísimo Patriarca tenía que poner cuantos medios estuviesen á su alcance, para librar de todo riesgo el preciosísimo tesoro que le había confiado el Padre celestial.

Camina José por el desierto, lleno de solicitud y de una vigilancia jamás interrumpida; y lleno

también de sobresaltos y temores; no, en verdad, de aquellos que turban la inteligencia y ahuyentan la paz del corazón, sino de los que inspira el más tierno y delicado amor, y la conservación de los riquísimos tesoros que tenía que guardar aun á costa de su misma vida.

José no desconocía la grande obligación que el Padre le había impuesto con referencia á la vida de Jesús y de María; y su gran fidelidad no le dejaba un instante de reposo.

Amaba el gran Patriarca á Jesús y á María con una ternura incomparable; y por esto al pensar en las molestias y fatigas á que tendrían que sujetarse durante su viaje por el camino del desierto, el corazón de José se llenaba de indecible pena. No estaba en su mano, no era posible, ahorrar á los celestes peregrinos aquellos trabajos y fatigas. Bien quisiera ser él quien padeciese solamente; pero Dios no le concede semejante dicha; porque realmente lo es el padecer en lugar de los que amamos.

¿Cuántos fueron los días en que la Santa Familia terminó su viaje? y ¿cuántas las noches que durmió al cielo raso en el desierto? Durante el día, tal vez la sed, y los ardores de un sol abrasador, fatigaban al Niño y á la Madre; ¿qué haría entre tanto José que todo lo observaba, y que nada podía remediar? ¿qué haría con él su amor al Hijo y á la Madre? Tal vez exhalaba un suspiro lleno de amargura, porque ésta no cabía en su seno. Mas ni aun este consuelo quería concederse, por no afligir á su divina Esposa.

Estas aflicciones del castísimo Patriarca no le impedían, sin embargo, su gozo en el Señor. Nadie más feliz que José, á quien Dios nuestro Señor había designado para que llevase al Egipto á Jesucristo nuestro Señor. Era José el ejecutor de los grandes designios de gracia y de misericordia que Dios tenía sobre el Egipto, donde sin duda muchos conocieron al verdadero Dios, y le amaron. La gracia de Dios los visitaba en aquella sagrada Familia; y esta Familia, con su admirable santidad, con su dulce y agradable comunicación, fué el instrumento de que Dios quiso servirse para la conversión de muchos gentiles. Estos pondrían su vista en María y José, y en el Niño encantador de la divina Madre. Seres como éstos jamás habían nacido en el Egipto. La modestia más que angelical, y el purísimo recato de la sagrada Virgen, cautivarían sin duda el corazón de aquellos gentiles. El grave y majestuoso continente del santo Patriarca, unido á una bondad inalterable, sería para los mismos gentiles un motivo de respeto y de una gran veneración. Y los que tuvieron la dicha de ver al Niño Dios, á esa maravilla divina, encanto de los cielos y la tierra, ¿qué sentirían en sus corazones? un consuelo que nunca habían tenido, y una dulzura que jamás habían gustado.

Se acercaba á esa tierra idolátrica la salud de Dios: He aquí que el Señor, decía Isaías, caminará sobre una nube ligera, y entrará en Egipto, y á su presencia se conturbarán los ídolos de Egipto (1).

(1) XIX, 1.

Esa nube ligera simbolizaba la Virgen Santísima, que llevaba en brazos al Hijo de Dios, que, cual rocío de los cielos, derramaría sobre el Egipto la fecundante lluvia de sus gracias. Nube ligera que nunca tuvo el peso del pecado, sino que concebida sin la mancha original, llena de toda gracia y virtud desde el primer instante de su ser, se elevaba en la presencia del Señor, como ligera nube, que, resplandeciente con la purísima luz de las divinas misericordias, anunciaba á los hombres su futura paz y redención por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Al entrar en el Egipto, José volvería los ojos al desierto que acababa de pasar, y considerando los riesgos y peligros de que el Señor le había librado, y que en todos sus trabajos y fatigas, y en las aflicciones y amarguras de su espíritu, le había llenado de gracias y consuelos, de fortaleza, de paciencia y de gozo en el Espíritu santo, José, decimos, con el más vivo reconocimiento y la más sincera y tierna gratitud, bendeciría al Señor que había salvado la preciosa vida de Jesús y sostenido á la divina Madre, y á él lo había dirigido en todo su viaje.

¡Con qué ternura y dulce complacencia vería José que el Niño y la Madre estaban á salvo de todo peligro! María y Jesús pagarían á José todos sus servicios con una mirada de benignidad, con una sonrisa de amor.

Después de esto podemos preguntar al castísimo Patriarca: ¿en dónde están vuestros trabajos y fatigas, en dónde las angustias y temores de vuestra

alma? Todo ha pasado, y al presente gozáis de una dicha incomparable. Ved al Niño que el Padre celestial os ha confiado; á ese Niño no le alcanzará la espada del sanguinario rey. Ved á vuestra Esposa; á esa Esposa que amáis con todo el corazón; y recordad cómo la más profunda y dolorosa pena estaba pintada en su hermosísimo semblante; recordad cómo rodaban de sus ojos virginales las más amargas lágrimas; mas ahora estrecha en sus brazos, con un amor dulcísimo y sagrado, al Hijo de su seno, á su divino Jesús, su encanto, su dicha y su gloria.

Contempláis con una santa admiración al Hijo y á la Madre, riquísimos tesoros del Padre celestial, y luego pensáis en vos mismo; y la gratitud y la humildad se dan la mano en vuestro corazón. No podía ser de otra manera; porque después de María, nadie ha recibido tan excelentes y preciosos dones de Dios nuestro Señor, como este castísimo Patriarca; y sobre ninguno ha irradiado con tanta claridad la luz de la grandeza divina, como lo ha hecho sobre el padre putativo de Jesús. Esa claridad le descubría la nada de su propio ser; y los grandes beneficios que de Dios había recibido nuestro Santo, eran para él cadenas de oro que ligaban todo su amor, todos sus afectos, y cuanto él era, con Dios nuestro Señor.

¡Oh José santísimo! haced que recibamos los trabajos y padecimientos de la vida, las contradicciones y amarguras, en una palabra, todos los males que la Divina Providencia se digne enviar sobre nosotros, con la humildad y la resignación

con que Vos recibisteis las órdenes del ángel, de dejar vuestra tierra y encaminaros al Egipto, como lo hicisteis, sin decir una palabra, sin deteneros un instante, poniendo en Dios vuestra confianza, y lleno de alegría y consuelo; porque así lo disponía la voluntad del Eterno.

Sostenednos, oh Santo gloriosísimo, en todas las adversidades de la vida; animadnos con vuestro ejemplo; y no dejéis que el desaliento se apodere de nosotros, sino al contrario mantenednos siempre alegres, siempre esforzados y constantes, á fin de agradar al Señor en todas nuestras obras.



CAPÍTULO VII

El Egipto y el regreso á Nazaret.

I

No podemos dirigir á José las siguientes palabras de Jeremías: ¿Qué es lo que pretendes con caminar hacia el Egipto, y con ir á beber el agua turbia del Nilo? (1). Dios le ha llevado al Egipto; y antes que bebiera las aguas del Nilo, había bebido las muy amargas de la tribulación y de la angustia que Dios le había mandado, porque no era insensible á los trabajos de Jesús y de María, ni á los grandes peligros del penoso y dilatado viaje que había emprendido por orden del Señor.

¿Qué pretendes con caminar hacia el Egipto? José no desea ni anhela otra cosa que agradar á Dios en todas sus obras; y Dios le ha mandado que pase al Egipto. Puede, por tanto, decir el castísimo Patriarca: Este es mi descanso, mientras Dios no disponga otra cosa.

(1) II, 18.